

por la marcha del buque y por esa brisa que reina casi siempre en la América del Sur.

El Amazonas.—Una borrasca.—Las orillas.—Santarem.—Un baño peligroso.

A las cuatro de la tarde entramos en el Amazonas al salir del río Tarragui. Me hallaba al fin en el inmenso río, siempre sembrado de islas, si bien á grandes distancias entre sí: era en pequeño el mar que

yo habia creído encontrar. El viento fue refrescando poco á poco, y aquella noche una tormenta tropical acompañada de lluvia vino á hacernos formar idea de lo que en materia de borrascas es capaz el Amazonas. Cerráronse las cortinas de tela gruesa que rodeaban la toldilla, nuestro comedor y dormitorio habitual, lo que no impidió que el aguacero la convirtiese en un momento en una sala de baños. Corriéronse igualmente dos grandes cortinas que separaban la



Borrascas en el Amazonas.—Un capitán prudente.

toldilla del resto del buque, como un telón de teatro separa el público de los actores, sin más diferencia que en lugar de ser una sola, teníamos dos que se cerraban por el medio con un lazo como un corsé.

Yo me habia acurrucado en un reducido espacio para librarme del agua. Al llegar la noche oía las voces de mando del capitán sin verlo, pero sus órdenes no se ejecutaban fácilmente porque el puente estaba obstruido por la leña destinada al servicio de la máquina. Los truenos retumbaban de tal manera que parecia que la tormenta se cernía sobre nuestras cabezas, y á la luz deslumbradora de un relámpago ví el punto de donde partía la voz del capitán, quien resguardado sobre la toldilla, habia aflojado un poco el lazo y por la abertura sacaba la cabeza cubierta con un gran sombrero que le preservaba de la llu-

via. Desde aquel sitio dirigía cómodamente las maniobras, á manera de un director de orquesta. Yo, que habia visto ya á muchos oficiales y generales usar paraguas, no pude menos de aplaudir la precaución del capitán.

Por mi parte, bien hubiera querido hallarme en su lugar, porque me veía metido en un baño de asiento siempre que el balance de proa á popa hacia hundir el buque en las olas, pues las aberturas para dar salida al agua no eran suficientes. Cuando pude volver á mi hamaca la encontré chorreando agua, y no habia que pensar en servirse de ella. Por fortuna era la única que se hallaba en este caso, pues todas las demás habian sido cuidadosamente dobladas, sin que nadie pensara en la mía: Policarpo no se habia dignado dejarse ver.

El buen tiempo sucedió á la borrasca, y la luna brillaba en un cielo tranquilo: á la derecha teníamos la isla de Gurupa, y á la izquierda el río Chingo; poco á poco habíamos ido llegando á la orilla. El río se habia estrechado de nuevo, y pasamos cerca de una isla muy pequeña llamada Adajuba. Al acercarnos, una bandada de tucanes ó picazas, encaramada en la copa del árbol más alto, voló haciendo mucho ruido; las plantas acuáticas entraban mucho

en el agua. Allí habia también empalizadas floridas, y como acababa de ver otras arrastradas por la corriente, advertí que me habia equivocado al tomarlas por orquídeas.

Las montañas de la Guyana se destacaban á lo lejos. M. O... llamó mi atención sobre una tierra que no existía el año anterior. Es muy común encontrar islas formadas de esta manera, pues los árboles arrastrados por las corrientes, al hallar hondonadas ú obs-



Un baño peligroso.

táculos de cualquier género detienen á su paso las tierras y los detritus arrastrados también, y en poco tiempo se levanta un terreno sólido.

Las orillas se cubrieron luego de árboles arrancados por sus raíces, pues el lado meridional de las islas habia sido más devastado por la borrasca que el septentrional. Durante las tardes, el sol nos molestaba mucho porque navegábamos casi directamente de Este á Oeste.

Mi entusiasmo por la naturaleza virgen era siempre el mismo, y donde quiera que podía ponerme al abrigo del sol, escribía ó dibujaba á pesar de la marcha del buque.

.... Esta mañana me despertaron gritos de todo género, que me hicieron creer que me hallaba en mi choza en medio de los bosques, por lo que me apresuré á descender las cortinas: atravesábamos aun

las plantas acuáticas, y tres aras se alejaban repitiendo el grito á que deben su nombre; una garzota, más animosa sin duda, permaneció posada sobre un árbol, y ni siquiera se puso sobre la pata que tenia doblada sobre el vientre cuando pasamos cerca de ella.

No; no me equivocaba: aquel era el grito del pájaro-fantasma; el primer grito que saludó el día de mi llegada, cuando me acostaba en mi estera en los bosques vírgenes. En aquellos momentos, como en la espresada época, le oí sin lograr verlo. ¿Era acaso un espíritu? ¿Tenían razón los indios? Aquel pájaro siniestro me predijo lo que me sucedió más tarde en casa de mi huésped: ¿era entonces un nuevo presagio de lo que me esperaba en las soledades á que iba á vivir de nuevo?

Aquel canto, que me causó una desagradable im-

presion, me desalentó, haciéndome ver únicamente el lado triste de las cosas, y las islas no me parecían ya tan hermosas; me habían hablado de playas inmensas cubiertas por completo de huevos de tortugas: las aguas las inundaban enteramente, y el Amazonas no parecía próximo á volver á su cauce, lo cual contrariaba mucho mis proyectos.

Anclamos delante de Prahina, primera ciudad que veíamos desde que me propuse reproducir todas las que hallásemos al paso; estaba formada como todas las demás, de barracas, algunas de las cuales habían sido blanqueadas. La iglesia, donde en aquel momento tocaban á misa, me pareció muy pequeña.

Tomamos á bordo á nuestro paso un clérigo joven de aire modesto, pero á quien nadie conoció una hora despues, porque se presentó de nuevo en el puente bajo el aspecto de un elegante *dandy*, con cigarro y lentes.

Nos acercábamos á Santarem; la tierra firme empezaba á divisarse y los árboles no presentaban ya las esbeltas formas que les daban las plantas trepadoras; el paisaje tenia mas de europeo que de americano, y para completar la ilusion, á nuestra vista huían bandadas de ánades. Entramos en unas aguas harto diferentes de las del Amazonas, que son amarillas y saladas, al paso que el color de aquellas era negro azulado y tenían la tranquilidad de un lago: el Amazonas, por el contrario, se presentaba siempre muy proceloso, y sus olas se encrespaban terriblemente.

Llegamos á medio dia á Santarem, pequeña ciudad edificada sobre el rio Japajoz, cuyas azules aguas habíamos visto. El capitán al bajar á tierra me ofreció su eskuife.

Habiéndome pedido Policarpo permiso para venir conmigo, pues era natural de Santarem ó de sus inmediaciones, accedí á tan justa peticion y le dí además dinero para que se comprase algunos efectos, por no haber tenido tiempo para hacerlo en el Pará; él por su parte me prometió, no con palabras sino por medio de gestos, volver al cabo de una hora.

Paseábame solo por la playa cuando ví acercarse á mí el agente principal de la compañía de vapores del Amazonas, á quien nuestro capitán habia dado noticia de mi paso, y puso su casa á mi disposicion declarando que no permitiria que á mi regreso, si permanecia en Santarem, fuese á otra habitacion que la suya. La carta que le entregué hizo que el capitán me mostrase despues gran deferencia.

Dejamos algunos pasajeros en Santarem y en Breves. Desde entonces todos estuvieron alegres á bordo: el capitán, grueso y bonachon, se reía mucho, y su teniente era un joven rubio como un americano del Norte. Habia además un joven doctor militar que iba como yo y mi nuevo amigo, á la Barra do Rio-

Negro ó Manaos. Cuando se viaja en los vapores brasileños es muy frecuente hallar muchos empleados del gobierno y algunos negociantes, mas no curiosos; y como allí todas las profesiones tienen un doctor, habíamos ya dejado á muchos, y aun los teníamos, siendo yo uno de ellos.

Al salir de Santarem y del rio Japajoz volvimos al Amazonas por un pequeño canal. Allí la naturaleza no era grandiosa, pero sí tan bella que sentia tener que pasar adelante. Los pájaros de todos colores se solazaban en las floridas márgenes de aquel paraíso terrenal, y las aguas eran tan tranquilas que, estimulados por el calor, todos querian bañarse. Al parecer, ningun peligro se corria en ello, y hablabamos ya de pedir permiso al capitán. Un cuarto de hora nos habria bastado, y los que no sabian nadar se hubieran ayudado unos á otros, sosteniéndose en los troncos de los árboles que veíamos deslizarse ligeramente á flor de agua. Lo que hizo que nada se pidiese fue el ver que aquellos maderos subian á lo largo de la corriente; pero examinados mas de cerca advertimos nuestro error: los que nos parecían maderos eran caimanes.

Guajará.—La isla de Piranga.—Obidos.—Villabella.—Serpa.

A las seis pasamos por delante de un grupo de casas contiguas á una colina, cuyos bosques raquíticos nada tenían de pintorescos. Aquel lugar se llama Guajará. El terreno, cortado en todas partes por los hundimientos ocasionados por las lluvias, estaba casi desnudo de vegetacion.

Mirando á mi izquierda no habia advertido que teníamos á la derecha y muy cerca la isla de Arapiranga, donde, como en el lado opuesto, habia primero tierras bajas, y luego ribazos de escasa altura. El sol en su ocaso alumbraba con intenso resplandor los terrenos rojos y los hacia brillar con el mas hermoso color bermellon, en tanto que al otro lado del canal las sombras lo habian ya cubierto todo. El cielo se mostraba puro y sin nubes, y ni una ligera ráfaga de viento rizaba la tersa superficie del Amazonas.

Muy temprano anclamos al siguiente dia delante de Obidos, situado en la orilla derecha. Allí hicimos nueva provision de combustible, y otra vez se halló atestado de este nuestro puente, siendo preciso saltar por encima de los leños arrojados atropelladamente para pasar de un lado á otro, lo cual era peligroso sobre molesto, por lo que preferí pasar á las bordas.

Desde el sitio en que estábamos solo podia ver la bandera que flotaba sobre la fortaleza, á propósito de la que me dijeron que habia sido empezada á construir poco tiempo antes, á fin de contener á unos fi-

libusteros americanos que habian intentado penetrar en el Brasil verificando un desembarco por aquel lado.

Mas arriba de Obidos el pais cambiaba notablemente de aspecto, y las chozas se hallaban en mejor estado que las del bajo Amazonas. En la orilla derecha, cerca de la cual se veian campos de cocoteros de poca altura y grandes hojas, el pais estaba bien cultivado.

Practicábanse algunos experimentos desde nuestra salida de Obidos, de donde ya estábamos lejos, pero la sonda no hallaba fondo cerca de las orillas. Los pasajeros mirábamos estos estudios con todo el interés con que examinan las gentes desocupadas la cosa mas insignificante. Mostrábanse unos á otros, ya un martin-pescador posado sobre una rama, ya una barca á lo lejos; y sobre todo, si se descubria un pedazo de madera sobre el agua se le creia siempre un caiman, porque despues de los verdaderos, sólo veíamos y sólo pensábamos en caimanes. Y en verdad es harto fácil equivocarse en este punto, pues esos horrorosos animales no se mueven al parecer, nadan con la mayor suavidad, y sólo suelen mostrar la parte mas alta de la espina dorsal, la region superior de la cabeza y los ojos.

Las plantaciones habian vuelto á desaparecer, y como nos hallábamos en pleno bosque vírgen, no habia un sólo lugar donde poner el pié. No se veia otra cosa que árboles tronchados y terrenos arrastrados por las aguas.

Pasamos por delante de muchas islas.

Debo decir aquí (para reparar un error en que habré hecho incurrir al lector y que ha podido ya hacerle formar una falsa idea respecto del Amazonas, porque á cada instante hago pasar el buque de una orilla á otra, lo que probaria que el gran rio no merece este nombre, ó que nuestra navegacion era en alto grado singular, pues debia hacernos perder mucho tiempo á causa de tan continuo bordear); debo decir, repito, que me he referido únicamente á las orillas de las islas por cuyas inmediaciones pasábamos, mas no á las de la tierra firme, cuyas costas no se verian seguramente al través del rio aun cuando millares de islas no interceptasen la vista. Así, de orilla en orilla y de isla en isla se navega en el Amazonas sin ver la tierra firme desde ambas márgenes al mismo tiempo.

A las nueve de la mañana nos encontramos en frente de Villabella, construida sobre una colina arenosa. Las casas, que no tienen sino un cuarto bajo, están blanqueadas con cal.

Ocupado me hallaba en sacar una vista de Villabella cuando un indio, tocándome ligeramente el hombro, me hizo ver media docena de enormes tortugas vueltas de espalda sobre el puente, y que en las patas

traseras tenían atravesadas unas lianas que las sujetaban entre sí. Mucho debian sufrir aquellos pobres animales.

Al salir de Villabella se puso la proa al Noroeste á fin de atravesar el rio en sentido diagonal. A las cinco tocábamos casi en la orilla izquierda, en la que se veian trozos bien cultivados, bananeros de anchas hojas con sus racimos colgantes y terminados en un tubérculo del mas hermoso color violeta; cocoteros en cuya nuez hay un licor blanco y dulce como la leche, y tambien campos de maiz, naranjos y árboles de cacao; por todas partes se veian guirnaldas de flores silvestres, y vastas espesuras mezcladas con los árboles frutales. La naturaleza vírgen, unida á las plantas cultivadas, formaba un espectáculo de magnificencia indescriptible. Mas allá, el panorama cambiaba de aspecto, y aquel germen de civilizacion era reemplazado por los bosques vírgenes. Mucho tiempo hacia que nada habia visto tan digno del pincel, pues allí volvian á ostentarse esas formas fantásticas, esas lianas gigantescas semejantes á las cadenas de los buques de mayor porte, con sus anillos tan bien entrelazados que ninguna fuerza humana podria desunirlos.

El tiempo era soberbio; las aguas del rio reflejaban el sereno cielo; un pájaro-mosca revoloteaba libando el nectar de las flores, y mas abajo un cocodrilo acechaba su presa.

Hábame tendido en mi hamaca para disfrutar á mi placer y sin fatiga de las maravillas que á mi vista se desplegaban. Ya muchas veces se me habian cerrado los ojos cuando miraba con demasiada atencion, y esto volvió á sucederme, dominado por el calor, porque aunque no hablo de él, no por esto dejaba de atormentarnos mucho. El sacudimiento del ancla que caia á la vista de Serpa, vino á sacarme de mi letargo.

Durante el dia habíamos pasado por delante de una de las corrientes mas peligrosas del Amazonas, el Caranauca, un poco mas abajo de un *parana-mirin* á cuya estremidad se encuentran un lago y Serpa. Allí fue preciso detener la máquina para cortar cañas, pues los bueyes que á bordo llevábamos mugian cuando pasábamos cerca de los campos cubiertos de verdor que esmaltaban el rio.

Al salir de Serpa, costeano siempre la orilla izquierda, entramos en el rio Negro, del que el Amazonas se diferencia mucho mas aun que del caudaloso Tapajoz. Por largo espacio de tiempo vimos en la corriente dos líneas paralelas, una blanca y otra negra: parecia que ambos rios se gozaban en hallarse eternamente separados. La noche última habíamos pasado una de las bocas del rio Madeira; y al fin entrando en el rio Negro, anclamos delante de Manaos.

Mi viaje en vapor había terminado.

Mientras duró esta navegación apenas ví á Policarpo, pues nunca vino á preguntarme si para algo necesitaba sus servicios. Habíase visto indolentemente tendido en el falso puente, echándose entre pecho y espalda una mas que mediana cantidad de cachassa, que generosamente había pagado á mi costa.

El rio Negro.—Manaos.—Viaje.—Cascada.—Hospitalidad de un negro.—Instalacion en el bosque.

El lector ha visto que á pesar de la monotonía inseparable de un largo viaje por agua, gocé de toda clase de distracciones: primero, las que me ofrecian



Serpa.

Guardia nacional, quien tuvo la bondad de acompañarme á casa del presidente de la provincia del alto Amazonas, donde en aquel momento se hallaba el jefe de la policía, para quien yo llevaba una carta de recomendacion. Ambos señores se mostraron muy obsequiosos conmigo.

No obstante, llegó la noche, y como cada una de las personas á quienes había visitado durante el día me creía convidado en otra parte, nadie se acordó de invitarme á comer.

Terminada una escasa pitanza que no sin trabajo me procuré, fuí á colgar mi hamaca en casa de

las bellezas de una navegación única en el mundo, luego las pequeñas escenas de á bordo, y sobre todo las que mi amor al trabajo me había procurado, puesto que si se exceptúan algunas contrariedades, había pasado bastante bien mi tiempo. A la sazón iba á fijarme en tierra algunos meses para visitar nuevas tribus, entregarme á estudios formales, continuar mis colecciones, reparar las averías que había sufrido en fotografía, y especialmente para declararme libre de todo vínculo.

El buen M. O... me hizo desembarcar en su compañía y me condujo á su casa.

Mi primera visita en Manaos fue al coronel de la

M. O..., ignorando siempre el paradero de Policarpo.

Al día siguiente salí sin ver á nadie, á practicar exploraciones, decidido á alojarme cerca de los bosques, dado que esto fuese posible.

Largo rato caminamos Policarpo, que al fin había vuelto, y yo, sin que se nos presentase un sólo pájaro, pues el país era monótono y árido. Vagábamos al azar, y empezaba á desalentarme cuando oí á lo lejos el rumor de una cascada que hizo en mí el efecto de un clarín en un caballo de guerra. Desde aquel momento dejé de experimentar cansancio, y luego lle-

gué á un espacioso terreno descubierto á consecuencia de un reciente desmonte rodeado de árboles de prodigiosa corpulencia, cuyas raíces cubria el agua: allí estaba la salida de una gran cascada de aguas tan negras como las del rio Negro.

Seguí durante algun tiempo la corriente; pero aunque había encontrado lo que buscaba para mis estudios, no podía pensar en ir todos los días tan lejos. Púseme á reflexionar si me haria construir una

choza para vivir allí. Policarpo, á quien había enviado como explorador, llegó á paso tan lento como al partir, fiel á la costumbre india de obrar siempre á su antojo y no de otro modo, puesto que yo le había encargado que fuese y volviese aprisa si descubria algo que pudiera interesarme; pero es el caso que aunque sabia muy bien lo que yo deseaba, vino con estremada pausa, y para indicarme lo que buscábamos empezó á servirse de un procedimiento que le



M. Biard en los bosques del rio Negro.

era peculiar: en lugar de mostrarme con el dedo el objeto de que se trataba, volvióse hácia el lado de donde venia, y levantando la cabeza de abajo arriba pronunciaba la vocal *u*, como el maestro de lengua de la comedia *le Bourgeois gentilhomme*. Luego, para variar, imitaba instintivamente las carpas de los estanques cuando se tragan el pan que los papanatas suelen echarles.

Yo le seguia por entre las plantas espinosas que me maltrataban, y al fin ví lo que no me hubiera atrevido á esperar, es decir, una choza habitada y otra mas distante á medio construir.

Al llegar cerca de la habitada, me ví rodeado de multitud de animales de todo género, entre los que, excepto los perros y una familia de gatos, no hallé ninguno parecido á los de Europa. Un papaya yo de

la especie amazonas estaba posado sobre el alero del techo de palmera; algunos hoccos negros de pico encarnado un poco parecido á los pavos, vivian, asi como otras aves domésticas, en buena armonía. En la puerta, un negro muy vigoroso vigilaba con los brazos cruzados, teniendo á su lado un fusil, y á él me dirigí llevando detrás, por lo menos á 100 pasos, á Policarpo.

Conociendo todo el ascendiente de un blanco sobre un negro, fuí á sentarme á la choza, pasando cerca de éste y haciéndole únicamente una amistosa señal con la cabeza.

Preguntéle á quién pertenecian aquel desmonte y aquellas chozas, y con qué título era su custodio, puesto que á nadie mas que á él veia allí. Antes de contestarme fué á traerme agua fresca en una cala-